

**N** PREMIO  
NADAL  
2025



**Jorge Fernández  
Díaz** El secreto de  
Marcial

DESTINO

# El secreto de Marcial

Jorge  
Fernández  
Díaz

Premio Nadal de Novela 2025

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1681

© Jorge Fernández Díaz, 2025  
Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.

*El secreto de Marcial* ha obtenido el 81.º Premio Nadal de Novela 2025, otorgado por un jurado compuesto por Inés Martín Rodrigo, Care Santos, Lorenzo Silva, Andrés Trapiello y Emili Rosales.

© Editorial Planeta, S. A., 2025  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.planetadelibros.com  
www.edestino.es

Primera edición: febrero de 2025  
ISBN: 978-84-233-6688-0  
Depósito legal: B. 1.744-2025  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



# I

## Los amores

Cuando Marcial contó la extraña aparición de Lucrecia López en el lago Regatas, mi madre dejó caer con un escalofrío la palabra *güercu*. Lucrecia era una paisana de Cudillero que había quedado viuda hacía años de un robusto maestro mayor de obras y que tenía por costumbre jugar tute cabrero de igual a igual en la mesa de varones que fumaban y mataban el tiempo en un salón vidriado del Centro Asturiano de Buenos Aires. Mi madre era reacia a esos juegos de baraja y a esas endogamias de club, y mi padre no concebía la vida sin ese lúdico refugio de camaradas, donde los viejos inmigrantes hablaban minuciosamente de sus aldeas remotas y de las increíbles vueltas del destino. Aquella era la primera de una serie infinita de divergencias graves que envenenaban la vida conyugal de mis padres, y Lucrecia resultaba, por cierto, la contracara perfecta de Carmina: amaba con todo su corazón esa comunidad de ingentes

ensueños, donde se llevaban a cabo modestas ceremonias asturianas para atemperar la nostalgia crónica. Marcial era expansivo en el club y lacónico en el hogar, y de vez en cuando nombraba dulcemente a Lucrecia a propósito de alguna noticia candente que surgía de esa curiosa y ya decaída colonia de desarraigados: un nacimiento, una peña, un negocio, una boda, una desgracia. Yo sabía lo que significaba la palabra *güercu* porque a mi madre le encantaba asustarnos en la infancia con truculencias góticas y narraciones de vampiros y espectros, fueran estas producto del folklore astur o del cine norteamericano. «Cuando era niña, mi madre y mi tía temían que el *güercu* viniera a picarnos la puerta», nos recordó aquella misma noche. Se trataba de un ente mitológico, presuntamente de origen celta; manifestación que presagiaba la muerte de alguien, un fenómeno paranormal que funcionaba más o menos así: un Pepín cualquiera, que trabajaba en un prado, era divisado desde un puente. Y pocos días después alguien le decía: *Te he visto el viernes en el prado, Pepín*. A lo que el aludido respondía alzándose de hombros: «No pudiste verme en el prado, porque estuve toda la semana en Oviedo haciendo trámites». *Pero ibas vestido así y así* —porfiaba su interlocutor—, *y estabas tocado con tu sombrero gris*. «Que no, que no. Que no era yo, coño —se empacaba el susodicho—. Que estaba en Oviedo.» Mi

abuela captaba esos signos porque poseía dones extrasensoriales; aseguraba entonces que no habían visto a Pepín sino a su güercu, y que eso podía significar solo una cosa: el vecino no tardaría mucho en partir hacia el otro barrio. Cuando efectivamente lo hacía, todo el mundo se santiguaba. Mis primos, que se habían criado en ese clima sobrenatural, vivían aterrados ante un eventual anuncio que en la lotería del azar podría tocarles también a ellos: *Te he visto el domingo en misa*. «Pero no es posible, el domingo yo estaba en Madrid. ¡Es el güercu, Dios mío, y estoy condenado!» Marcial, que se levantaba temprano cada día y paseaba por los bosques de Palermo, vio o creyó ver desde una orilla del lago Regatas a Lucrecia López dándoles de comer a los patos y a los cisnes. Lucrecia había sido de joven una mujer atractiva y todavía era, en su ancianidad, una veterana de cabelle- ra exuberante y canosa, una cara despejada con arrugas encantadoras y unos ojos azules que no habían perdido ningún brillo. Marcial se dio cuenta de que en ese preciso instante a ella ya se le acababan las migajas de la bolsa de papel y que se erguía para irse a casa, y que por lo tanto no sería posible alcanzarla, de manera que puso sus manos en bocina y gritó su nombre dos veces. Lucrecia levantó la vista y pareció sonreírle como si lo hubiera reconocido a la distancia, pero no hizo amago de responderle ni de esperar a que mi padre

diese la vuelta completa. «Llevaba prisa —nos dijo Marcial esa misma noche—. Estaba vestida de calle, se volvió y caminó hacia la zona del estacionamiento.» Por la tarde, mientras daban cartas en la mesa de siempre, Marcial le había preguntado adónde iba con tanto apuro. Lucrecia se mostró perpleja: «Debiste haberme confundido con otra persona, esta mañana fui a Quilmes a visitar a mi sobrina».

Siete noches más tarde sonó el teléfono en nuestra casa de la calle Ravignani y alguien le informó a Marcial el temido acontecimiento: un derrame cerebral acababa de fulminar a su compañera de tute. Recordaré, hasta el último de mis días, la palidez mortuoria de mi padre, que cayó sentado en el sillón y se quedó largo rato con la vista perdida. Al día siguiente lo acompañé al velatorio, en una planta baja sobre Niceto Vega. Estaba lleno de asturianos, apenados pero ruidosos, y de unos cuantos familiares transidos de mutismo y dolor. Marcial permaneció largo rato conversando con cada uno, y escuchó los lamentos y las bromas de todo velorio, pero no pudo sonreír ni siquiera una vez. Finalmente, esperó a que no hubiera nadie alrededor del féretro y se acercó a Lucrecia; lo hizo en puntas de pie, como si temiera despertarla. Yo oía las conversaciones a mi alrededor, pero no lograba concentrarme en ellas: tenía los ojos clavados en mi padre, que llegó jun-

to a la mujer, se cruzó de brazos mientras la miraba intensamente de arriba abajo, y se cubrió la boca, como si quisiera ocultar un gesto de espanto o de pena, o como si estuviera rezando entre dientes, o murmurando un adiós. Luego hizo algo impensado: bajó la mano y tocó el cuerpo de ella. Desde donde me encontraba era difícil observar en detalle ese contacto íntimo e insólito, que denotaba al menos una confianza estrecha e inverosímil y que, en todo caso, implicaba una imprudencia, aunque por el ángulo de visión yo deducía que le acariciaba por última vez las manos entrelazadas. Temí en ese lapso eterno que alguien se escandalizara por su osadía, pero nadie parecía advertirlo. Y yo estaba paralizado, enviándole desesperados mensajes telepáticos para que cesara esa caricia impropia y reculara hasta el salón central. Solo al cabo de una eternidad, mi padre retiró finalmente la mano, sacó de su bolsillo un pañuelo de tela, se enjugó las lágrimas, retrocedió hasta el primer grupo y se quedó cabizbajo entre familiares y amigos que no habían percibido nada. Parecía destruido. Después nos colamos en el coche de un primo lejano de Luarca y fuimos en caravana hasta el cementerio. Cuando nos apeamos para entrar en la capilla, noté que una pariente cercana de Lucrecia le pedía a papá que tomara una manija del cajón. Un raro privilegio. Lo hizo dos veces, y fue consolado él también durante el



tramo final, cuando fuimos quedando pocos frente al nicho. Los otros compañeros de mesa de tute le dieron ánimo y le ofrecieron llevarlo hasta el club, y nosotros nos despedimos allí brevemente, porque yo tenía que irme a la redacción. Ya en la avenida conseguí un taxi y pensé, acaso por primera vez en serio, que Marcial estaba lleno de secretos insondables.

Tempranamente mi madre lo había eclipsado: ella era carismática y él era opaco; ella tenía todas las palabras y a mi padre ya casi no le quedaba ninguna: siempre resultaba derrotado. En vez de luchar a brazo partido por su lugar, cedió entonces la cabina de mandos a la heroína y se replegó a territorios ajenos y brumosos: el café de Canning y Córdoba, donde se dejó la piel, y esa inefable y vasta sociedad española que pervivía en los pliegues de la ciudad y los suburbios, adonde Marcial huía para desarrollar dichosamente una especie de segunda vida. Admito que nunca me pareció, sin embargo, que en ese plano hubiera nada más interesante que naipes sorprendivos, apuestas menores, discusiones futboleras, nostalgias españolas, jactancias de progreso y chismes de pueblo, sazonados con fabadas, sidrinas, espichas y gaitas quejumbrosas de tarde en tarde: la isla feliz de los desterrados. Pero Marcial siguió dándome algunas sor-

presas más, y aun después de muerto. Un domingo de junio, durante un fin de semana largo y en un restaurante de la calle Cerviño, el camarero que nos atendía se me acercó con un susurro: «El patrón le pide permiso para saludarlo». El patrón era también, como no podía ser de otra manera, un asturiano, y había tenido incluso responsabilidades mayores en la administración del club: «Usted tal vez no lo sepa, pero yo le di una misión secreta a su padre», me anotició no bien llegó junto a nosotros. Se refería a la época en que papá había sufrido un episodio cardíaco y había estado internado; luego su médico le había recomendado vida sana y mucho ejercicio. Ya jubilado, Marcial se tomó literalmente a pecho ese consejo de la cardiología: caminaba cuatro o cinco horas diarias, por lo general alrededor de los lagos; hacía gimnasia en el Rosedal, y se largaba por distintos laberintos de bosques, calles y pasajes, explorando una ciudad que en parte desconocía, puesto que había vivido confinado varias décadas a la bandeja y al estaño de aquel bar de Villa Crespo, y también a los perímetros del campo Covadonga de Vicente López. «El sacrificio es lo más grande que hay», solía decirme cuando me narraba aquellas maratones de «millonario sin plata», como gustaba calificarse en esa temporada de retiro efectivo. El patrón del local de la calle Cerviño, preocupado por la deserción de muchos socios después del crac

económico de 2001, le había entregado una lista con sus nombres y domicilios, y le había pedido que los visitara y que intentase convencerlos de regresar. «Puedes aprovechar para caminar unas cuantas cuadras, Marcial —bromeó—. Están repartidos por todos los puntos cardinales.» Marcial consideraba que esos alejamientos ponían en riesgo financiero al club, así que aceptó la misión secreta de su presidente y, sin contarnos nada, partía con gorra y zapatillas cada mañana como si fuera a cumplir sus habituales rutinas, cuando en realidad iba a pie hasta barrios distantes y tomaba cafés con aquellos paisanos sufridos. «No sé qué argumentos usaba, pero te aseguro que la tasa de reingreso resultó muy alta», me juró el patrón de la calle Cerviño para que yo me sintiera orgulloso. Yo me sentía asombrado, menos por esa hazaña que por el hecho de que nuestra familia ignorara por completo el raid. ¿Cuántas cosas más ignorábamos de Marcial?, me preguntaba. ¿Qué odiseas habría escuchado en aquella recorrida? Excombatientes de la guerra civil española, sobrevivientes de los fusilamientos y de la cárcel, víctimas de la hambruna; migrantes que habían dejado todo para cruzar el océano y probar suerte en ciudades extrañas del sur del mundo; gastronómicos, mecánicos, albañiles, marineros, carpinteros, labradores, cocineros, costureras. Gente humilde que había salido adelante con esfuerzos homéricos, y que

luego tuvo que atravesar las ocho plagas argentinas: hiperinflaciones, devaluaciones, recesiones, dictaduras militares, guerra de Malvinas; enfermedades, violencias callejeras, tifones y naufragios diversos que habían aquejado a aquellos gladiadores ignotos. Cada una de esas historias personales es una novela, me dije. «Y esa gira de tu padre es una película», me animaron varios directores de cine. Casi todos los personajes, sin embargo, ya estaban muertos hacía rato, empezando por mi padre: la biología borró de la faz de la tierra a toda esa generación indómita. Era prácticamente imposible reconstruir ahora mismo, para una crónica veraz y minuciosa, esas existencias anónimas pero apasionantes que se tragó el olvido. Tal vez, pensé entonces, se pueda hacer con pura imaginación lo que no se puede lograr con periodismo narrativo, pero la faena a mí me parecía poco menos que imposible: la ficción no suele conseguir ese soplo errático y profundo de los hechos ciertos relatados sin guion ni pudor ni maquillaje, con esas necesarias imperfecciones que logra únicamente la reproducción cruda de la honda y caótica realidad. Deseché la idea, no quería caer en imposturas ni novelerías, y seguí con otros proyectos, pero el fantasma de Marcial se presentaba cada día, me acompañaba hasta una determinada esquina, leía por encima de mi hombro y se sentaba conmigo a ver una vieja película en

blanco y negro. *¿Qué reclama?*, me pregunté. *¿Qué me está reclamando?*

La corta vejez de mi padre —al final segado por la silicosis que había contraído abriendo con dinamita los túneles ferroviarios de Asturias— fue no obstante reparadora: en la adolescencia, al descubrir que quería ser escritor me dio por perdido, pero luego de una reconciliación tardía tuvimos una serie de acercamientos afectivos que sanaron por completo aquellas mutuas laceraciones. Al verlo dormido para siempre en la camilla, me prometí a mí mismo revisar mis deseos más íntimos —los amorosos y los vocacionales—, y eso significó en principio disolver mi primer matrimonio y encarar una nueva fase literaria. Fue también una rebelión contra los mandatos de mi madre, que se disgustó mucho por el divorcio. Aquella contrariedad desató a su vez una crisis entre nosotros más o menos asordinaada, aunque por suerte el enojo no llegó a mayores. Carmina, al contrario que Marcial, siempre fue mi interlocutora más fiel, y entonces yo sentí claramente que ella comenzaba a morir justo cuando dejó de serlo: cuatro años antes ya se notaba que la demencia senil deterioraba su tremenda lucidez y que empezaba a abandonarme. Tuve tantas despedidas desde entonces que al final cuando falleció todo había sido

cosido y soldado. He escrito muchísimas páginas sobre mi madre y todavía la echo de menos, pero ni una sola vez durante toda esta nueva orfandad ingresó en mis sueños nocturnos. En cambio, Marcial sigue siendo una rara presencia constante en ellos.

Quizá inconscientemente guiado por él, escribí hace un tiempo en España un artículo sobre aquel ciclo de cine continuado que durante los años setenta veíamos por televisión todos los sábados de la niñez y de mi primera juventud: comenzaba a la una de la tarde y acababa a las diez de la noche, cuando daban paso a otro programa llamado «Hollywood en castellano», films para adultos que sin embargo casi nunca me censuraban. A las doce me iba a la cama y a un breve insomnio con los ojos exhaustos y con la mente llena de diálogos e imágenes perturbadoras. Nosotros ignorábamos la mayoría de los nombres de los realizadores, apenas sabíamos por las revistas cómo se llamaban las estrellas y no imaginábamos siquiera que se trataba de obras maestras ni nos importaba. Porque, además de nuestras limitaciones, la verdad es que a una historia intensa y brillante solía seguir una burda o mediocre, y a veces incluso otra abominable: todas las veíamos con igual interés o idéntico fervor. En aquel texto me encontré evocando *Qué verde era mi valle*, una cinta que veíamos una y otra vez, y en la que siempre descu-

bríamos algo nuevo. Esos mismos días un maestro salesiano había citado a Carmina y le había confirmado que tres alumnos me golpeaban en el patio del colegio León XIII, obra de don Bosco. Todavía no se usaba la palabra *bullying* ni eran populares los manuales modernos de psicología infantil. Cuando ese sábado, en la televisión, llegó aquella escena en la que el niño volvía a casa golpeado y sus hermanos le enseñaban a boxear, Marcial y Carmina cruzaron una discreta mirada. Más tarde, en la cocina, oí que murmuraban algo inquietante: a tres calles había una academia de yudo. Mi padre me compró un kimono. Nunca más tuve problemas en la escuela, ni en ningún otro sitio: John Ford había salvado mi vida.

Las vicisitudes de aquel mismo valle, y luego otra película llamada *El hombre tranquilo*, que pasaban cada dos o tres meses, podían paralizar toda la actividad de la casa. Y no tuve que crecer demasiado para descubrir, sin que nadie me lo revelara, qué cosas se cifraban realmente en ellas. Por orden de aparición: la familia galesa de mineros y aquella aldea atrasada, pero a la vez populosa y feliz que se retrataba, eran una representación fidedigna de las dos ramas de mis ancestros y del hábitat elemental, bucólico y sombrío donde habían transcurrido sus respectivos dramas. Los rasgos de la

madre eran una confluencia entre los perfiles mandones, histriónicos y frágiles de mis dos abuelas, y los hermanos rudos pero cómicos y entrañables parecían calcados de los siete hermanos «Fernández García, trapos y porquería», como se presentaban mis tíos paternos con sorna. Herederos de un herrero pobre y republicano que había marchado a la guerra y que había muerto en Normandía luchando contra los nazis, y vigilados luego de cerca por el falangismo triunfante, resolvieron en 1948 embarcarse con la matriarca rumbo a la Tierra Prometida: mi padre, que era dichoso en aquellas playas del Cantábrico, no supo contradecir a su familia, y acabó lamentándolo para siempre. Marcial recién salía de la mili y tenía ya una cierta experiencia; Carmina, por su parte, no había salido nunca de su pueblo, acababa de cumplir quince años y era producto del hambre de la posguerra: fue enviada más que sola a esta ciudad desconocida, donde residían sus dos tíos severos y egoístas, con quienes tuvo una ácida convivencia y quienes la cercaron con barrotes de cariño y de acero. Su épica solitaria era mucho más doliente que la gesta de Marcial, a quien conoció en un baile de forasteros un domingo nublado de Buenos Aires, específicamente en los salones del Cangas de Narcea de la calle Godoy Cruz. Visto con la perspectiva que da el tiempo, no estoy seguro de que mi madre se hubiera verdaderamente enamorado de aquel



muchacho guapo. Estoy convencido, en cambio, de que Marcial quedó hechizado por aquella mujer joven y explosiva, que para mí era prácticamente una réplica viviente de Maureen O'Hara. A medida que fui madurando, pasé a sentir otra clase de emociones y dejé de tener sentimientos tan filiales hacia la diva pelirroja, que para mí resultaba más bella entonces que Marilyn Monroe. No podía ser de otra manera: era la novia de John Wayne en aquel otro cuento mágico y costumbrista que Ford había rodado sobre la campiña irlandesa. Esos paisajes —sus verdes infinitos y sus rocas blancas, sus arroyos ruidosos y sus costas lánguidas, sus casas campestres y sus habitantes encantadores— estaban inevitablemente emparentados con el «paraíso natural» y con los pobladores rurales de Asturias.

Esa segunda película que nos identificaba daba comienzo cuando un exboxeador que había nacido en Irlanda pero que había emigrado a los Estados Unidos llegaba una mañana luminosa en tren a sus pagos con el objeto de afincarse en ellos y olvidar de paso que había matado por accidente a un colega en el ring. Casi de inmediato quedaba prendado de la pelirroja, que tenía un genio de los mil demonios, que se manejaba con códigos de la prehistoria y que le imponía toda clase de pruebas y caprichos de orgullo para consumir el matrimonio. La acción se desarrollaba en un tono jocosos y

llo de ternura, y de rituales ingenuos. Pero de niño, todo aquel noviazgo y aquellas idas y vueltas se me antojaban soporíferos: yo esperaba pacientemente el gran momento, cuando se desencadenaba la más larga pelea a puñetazos de la historia del cine. A mis padres ese desenlace violento les parecía meramente simpático, incluso un tanto aburrido, pero todos los prolegómenos amorosos y pueblerinos —esa increíble comedia de enredos y deliciosos anacronismos— los mantenía atados a la silla. Ahora colijo que cada uno a su manera fantaseaba con regresar, con reencontrarse con esos vecinos alegres que habían dejado atrás y con esos cielos azules y esos prados perfumados, y quizá también con hallar en un paraje a un viejo amor que los habría estado esperando durante todos aquellos años de ausencia.

En los primeros tiempos, cuando todavía vivíamos con lo justo y el bar no cerraba ni siquiera los domingos, Marcial cumplía un mes de día y otro de noche. Es decir, que había por lo menos cuatro sábados en los que se tomaba su merienda a las cuatro de la tarde y luego se marchaba, dejando una película por la mitad y varias más sin ver. Al otro día, Carmina me mandaba a despertarlo con un café con leche y unas tostadas con manteca: era un momento apasionante, porque yo entraba a su

dormitorio con el sol del patio y el canto de los canarios, y él se incorporaba contra la almohada doblada y el espaldar, aceptaba el desayuno en una precaria bandeja, me hacía lugar para que me sentara, y esperaba en silencio y con cierta indolencia que a mí me venciera la ansiedad y le vomitara una reseña: si la película que veníamos viendo era repetida, yo saltaba a la siguiente e incluía la nocturna, pero si él no sabía el desenlace se lo narraba con pelos y señales. A veces la emoción del relato me hacía erguirme y actuar con grandes gestos una escena de acción. Recuerdo especialmente que Marcial se había perdido el final de *Scaramouche*, y que para explicárselo fui aquella mañana muniendo de un pequeño cayado flaco y artesanal que mi madre usaba de vez en cuando para azotarnos las piernas y que yo utilizaba a sus espaldas como rifle, sable o florete. Después de revelarle que el malvado y el héroe eran finalmente hermanos, y que este último había aprendido esgrima con un instructor para hacerle frente en un teatro lleno, me puse de pie y comencé a ilustrar con lances y paradas, y con saltos y esquives, el duelo de siete minutos por los palcos, los pasillos, el escenario y las bambalinas. «Mamá leyó en *TV Guía* que era la mejor pelea de espadachines jamás filmada», le dije sin aliento. Mi padre me quitó el cayado y me obligó a sentarme de nuevo: «Puede ser la más larga pero no puede ser la mejor —me respondió de

manera rotunda—. Acuérdate de Tyrone Power». Aquel galán delgado y moreno, que había inspirado el bigote de mi padre, era su ídolo máximo desde que lo veía en los cines de España. Habíamos asistido juntos no menos de diez veces a su gozosa personificación del falsamente cobarde Diego de la Vega y a ese pleito breve pero electrizante que había mantenido con Basil Rathbone en el reducido despacho de aquel alcalde avaro y pusilánime de Los Ángeles: el lance culminaba con una rápida estocada a fondo que atravesaba el pecho del odioso capitán. El maldito la recibía con asombro contra la pared y en su caída arrastraba un cuadro: quedaba así a la vista la Z que alguien había marcado alguna vez directamente en el muro de cal y en señal de dura advertencia. Más tarde se me haría difícil no sentir simpatía también por aquel villano, porque era el mismo actor que había encarnado muchas veces en la pantalla a mi detective favorito de la Colección Robin Hood, porque era además un gran experto en espadas y porque él mismo había entrenado a Tyrone para ese combate ficcional donde el maestro sería derrotado por el alumno en menos de dos minutos. El Zorro contra Sherlock Holmes, vaya dilema. Pero Marcial consiguió que regresáramos a *Scaramouche* porque no le interesaba esa famosa coreografía, sino un asunto muy preciso, sobre el que sin embargo preguntó con falsa indiferencia: ¿el prota-

gonista se había quedado con la aristócrata Aline de Gavrilac o con la actriz de vodevil Leonore? Una la encarnaba Janet Leigh, la otra Eleanor Parker: era como elegir entre un animal hogareño y una pantera. Pareció sentirse sutilmente decepcionado por que ganara aquella apuesta la virginal y no la pecadora, y me pidió que le trajera una segunda taza. Corrí con ella hasta la cocina, y me quedé sentado y pensativo en la mesa con mantel de hule mientras mamá preparaba el segundo café y cocinaba a fuego lento un estofado de domingo. Se me ocurrió entonces algo que podría animarlo. Y al volver al dormitorio le recordé que el cazador de *Mogambo* había elegido mejor. Lo hacía para complacerlo, sin saber más que con el instinto el tema de fondo que estábamos tocando y que mi padre sería absolutamente incapaz de tratar cara a cara conmigo, y supongo que con nadie. «La rubia estaba casada —me advirtió sorbiendo ruidosamente el café caliente, y sonrió con tristeza—: era una chica buena, pero estaba haciendo algo malo. Y la chica mala, fíjate, acaba haciendo algo bueno.» Ava Gardner, otra actriz de cabaret, desprejuiciada y voluptuosa, recalaba en Kenia y se enamoraba tempestuosamente de Clark Gable. Pero muy pronto Grace Kelly y su marido llegaban para contratar un safari: el cazador dejaba a su presa e iba a por la rubia, en tierra de gorilas agresivos y encandilado por su juventud. Un hombre

tironeado por dos mujeres opuestas y parejamente bellas: una seria y de moral rígida pero arrebatada por una pasión exótica; la otra, una morocha de curvas y de vida alegre, irónica y de una sensualidad sin filtros ni coartadas. Al final, el hombre se quedaba voluntariamente sin el pan y sin la torta, pero cuando la Gardner se marchaba también en una lancha, él le lanzaba una invitación tácita de último momento, como si hubiera presentido su gran error y comprendido lo evidente (eran almas gemelas), y ella decodificaba en un instante y con sabiduría femenina lo que eso significaba, y se arrojaba feliz al agua y volvían juntos a tierra. Por más hermosa y «decente» que Grace fuera, en casa tomamos siempre partido por Ava, y aplaudíamos ese epílogo, aunque sin pronunciar jamás en voz alta nuestros sentimientos y sin que esa simpatía tuviera nada que ver con el matrimonio ni con la infidelidad; como si las aventuras en la selva hubieran diluido de algún modo ese hecho «legal» e incontrastable que ahora señalaba mi padre recién despierto: Grace Kelly era técnicamente una mujer adúltera. Y algo más, que me dejaba estupefacto: ¿había chicas buenas y malas? Y peor aún: ¿había chicas buenas que hacían cosas malas, y también chicas malas que hacían cosas buenas? Era un poco desconcertante para un niño. ¿Con quién entonces había que noviar y casarse? Nunca me atreví a trasladarle a Marcial ni a Carmina esa

duda cruel, y tardé algunos años en comprender su risible falacia.

Mis tíos abuelos, que eran tiránicos y a la vez afectuosos, vivían en la planta baja y, puertas adentro, accedían a conversar con nosotros en bable. Muchas de esas palabras de la lengua asturiana, que yo pronunciaba sin querer puertas afuera, provocaban burlas en el colegio, donde a pesar de todo no lograba encajar: mis compañeros parecían vivir en otro país, en otra clase social y en otro idioma, y todo mi empeño consistía en pasar por un «argentino normal». Lo dicho: la práctica de yudo me fue dando cierta confianza, y algunos combates en el recreo persuadieron al alumnado salesiano de que no era inocuo meterse conmigo. Solo una vez intenté jactarme en casa de esa épica escolar, para que mi padre se sintiera orgulloso de mí; Marcial se estaba afeitando en el baño de azulejos verdes, dejó por un momento la maquineta y me echó una extraña mirada. Tenía casi toda la cara enjabonada y los ojos pardos resaltaban en medio de la espuma blanca con una luz gris e incandescente. «A mí me enseñaron boxeo en el Crucero Galicia —me repitió como si yo no hubiera retenido ese episodio fundamental de su biografía: me fascinaban sus anécdotas de conscripción en la marina de guerra, que él administraba con cuentagotas—. Y me tuve

que trompear varias noches en el bar con boludos y fanfarrones, pero aprendí. A ver si espabilas y aprendes tú también.» Y siguió afeitándose en silencio. Dos días después escuché que mi madre, espantada, comentaba con los tíos las novedades de Albino, un paisano gracioso y despreocupado que pasaba algunas Navidades con nosotros. También era mozo de un café porteño y tenía una fuerza descomunal. Una noche un bravucón lo provocó y salieron a la calle; Albino le pegó un directo a la mandíbula, con tanta mala suerte que el tipo cayó contra el cordón de la vereda y murió en el acto. Albino fue a parar a la cárcel, y varios lo rodearon en la noche y le propinaron una paliza, y lo violaron para bajarle los humos. La justicia lo excarceló a los pocos meses, pero nunca más volvió a ser el mismo y un cáncer repentino, que papá le adjudicaba a la mala sangre, lo consumió en semanas. Supongo, ahora que he leído a Sun Tzu, que Marcial había adoptado esta consigna práctica: los puñetazos únicamente son divertidos en el cine; la mejor pelea es la que no es necesario librar. «La gracia de ser valiente es no serlo demasiado», decía un capitán veterano a un teniente imprudente en *El gran combate*. Para entonces yo ya era cinturón amarillo, y aquel consejo indirecto también me hacía ver la televisión de otra manera. Mi padre sabía que habían dejado de vapulearme en la escuela, pero ignoraba seguramente que todavía no me trataban



como a un igual. Todos en casa lo ignoraban. Un lunes tuve encima un paso en falso: un maestro preguntó a la clase qué habían visto el fin de semana, y creyendo que mis compañeros vivían una experiencia parecida, me precipité a levantar la mano: *Breve encuentro*, en «Hollywood en castellano». Reconozco que esa última sesión solía estar llena de dramas retorcidos y romances amargos, y que a un niño esos géneros le interesaban menos que los vaqueros, los sioux, los mafiosos, los asesinos, los dinosaurios, una vuelta al mundo en ochenta días o cualquier enigma de otros mundos. Pero mi pasión por esos sábados maratónicos era tan torrencial que, a pesar del cansancio, yo tendía a exprimir el celuloide hasta el último cuadro. Hubo un silencio total en el aula ese lunes, y el maestro se manifestó horrorizado: «Yo también vi esa película, pero no me parece conveniente para un chico de su edad, Fernández», me retó, y fue con tanta severidad que me hizo ruborizar. Se levantaron risas atronadoras a mi alrededor. No entendía siquiera de qué se reían. Me mordí la lengua por ser tan imbécil y rogué que el maestro no se quejara con mi madre, y en la práctica creo que nunca lo hizo, pero después de pasar ese mal trago repensé mucho en qué consistiría la presunta «inconveniencia». Aquella noche imprudente mi padre trabajaba y mi madre se había ido a acostar temprano; cuando esa doble circunstancia se daba,

yo debía bajar el volumen y acercarme lo más posible al televisor para escuchar los diálogos como en murmullos, y no despertar a nadie. La primera vez que vi esa cinta me pareció más bien tediosa, pero la segunda presté mucha más atención para ver qué era exactamente lo que tanto había disgustado a mi maestro; en aquella última oportunidad mi padre, que todavía fumaba, me acompañaba en el trance. Trevor Howard, un médico que precisamente curaba la silicosis, conocía en un café de una estación ferroviaria a un ama de casa y trababa con ella una inocente amistad. Ambos estaban casados con excelentes personas y parecían convencidos de que las amaban, pero comenzaban irresistiblemente a citarse, un día para ir al cine y otro para pasear y comer juntos. Se podía establecer el instante exacto en que ella sentía por primera vez algo distinto, y era cuando el médico le explicaba apasionadamente su trabajo preventivo contra la inhalación de polvo de carbón y de roca. «De pronto pareces más joven —le decía ella, cálidamente sorprendida—. ¡Pareces un muchacho!» Marcial, viendo venir el problema, rechistó a mi lado: «Cuidado, compañero». Pero no volvió a abrir la boca. Seguimos en silencio absoluto la cadena de amor, mentiras, clandestinidad, culpas, desgarros y separación: al final cada uno regresaba dolorosamente a su vida, quizá al encantador aburrimiento de esos hogares, y recuerdo que al acostarme me puse en los zapa-

tos del marido de ella, que había intuido algo pero que jamás conocería en toda su magnitud esa enorme verdad, que a nosotros se nos había revelado de punta a punta en la calle Ravignani. ¿Cuántos secretos me tocaría ignorar en la vida futura, cuántos misterios se llevarían a la tumba las personas más cercanas y queridas? A lo mejor aquello que tanto había horrorizado a mi maestro era precisamente eso, o la evidencia incómoda de que no había culpables. Solo sé que Marcial no soltó el menor comentario y que se fue a dormir con cierta desazón. Supongo que no le agradaban los finales tristes, o que el asunto le traía ecos de algún suceso desconocido. A mí la trama, por algún motivo, me hacía acordar en algo a *Casablanca*, pero no sabía qué podía ser: no debe de haber dos películas más distintas. Recién mucho después, a propósito de nada, tumbado al sol en una lona del club, me vino a la cabeza la palabra *sacrificio*. Los amantes renunciaban por sus familias, como Bogart renunciaba por un bien superior: la guerra contra el mal absoluto. Era entonces un héroe no tanto por lo que hacía sino por lo que era capaz de resignar. ¿Debíamos resignar nuestros deseos, sacrificarnos por valores más importantes? ¿Sacrificarse y renunciar era virtuoso y ceder al amor y al deseo era egoísta? El amor y el engaño no eran tan simples como mi maestro y yo hubiéramos preferido.